

Narrativa de la práctica docente en función de las dos dimensiones de la evaluación formativa.

Proyecto de Transformación de la práctica (PTP 2)

Docente: Karla Caballero Jurado.

LA AUTONOMÍA PROFESIONAL DOCENTE PARA LLEVAR A CABO LOS PROCESOS EVALUATIVOS CON MIS ESTUDIANTES EN FUNCIÓN DE LAS DOS DIMENSIONES DE LA EVALUACIÓN FORMATIVA REVISADAS EN EL MÓDULO.

La autonomía profesional se refiere al grado de libertad y independencia que tenemos los profesionales para tomar decisiones y actuar en su ámbito laboral sin interferencias externas. En el contexto educativo, la autonomía profesional docente implica que los profesores tenemos la capacidad de:

1. Diseñar y planificar nuestras clases y currículos.
2. Seleccionar métodos y recursos de enseñanza.
3. Evaluar y calificar a los estudiantes.
4. Tomar decisiones sobre la gestión del aula.
5. Desarrollar una propia formación y capacitación.

La autonomía profesional docente es esencial para:

1. Fomentar la innovación y creatividad en la enseñanza.
2. Ajustar la enseñanza a las necesidades individuales de los estudiantes.
3. Mejorar la calidad de la educación.
4. Incrementar la motivación y satisfacción laboral de los docentes.
5. Desarrollar un sentido de responsabilidad y compromiso con la educación.

Sin embargo, la autonomía profesional también implica:

1. Responsabilidad por los resultados y logros de los estudiantes.
2. Rendición de cuentas ante la administración y la comunidad.
3. Colaboración con otros profesionales y padres de familia.

En resumen, la autonomía profesional docente es fundamental para que los profesores puedan ejercer su profesión de manera efectiva y eficiente, y proporcionar una educación de calidad a sus estudiantes.

Como docente comprometida con el crecimiento y desarrollo de mis estudiantes, siempre he buscado formas de mejorar mis prácticas evaluativas. Recientemente, he descubierto el poder de la autonomía profesional docente para llevar a cabo procesos evaluativos innovadores y efectivos.

Durante el ciclo anterior decidí implementar la evaluación formativa en mi salón de clase, enfocándome en las dos dimensiones clave: la evaluación para el aprendizaje y la evaluación como aprendizaje.

Comencé por establecer objetivos claros y alcanzables con mis estudiantes, involucrándolos activamente en el proceso de evaluación. Juntos, creamos un plan de evaluación que incluía autoevaluaciones, coevaluaciones y heteroevaluaciones. Esto permitió que los estudiantes reflexionaran sobre su propio aprendizaje y recibieran retroalimentación constructiva de sus padres y de mí.

La evaluación para el aprendizaje se convirtió en una herramienta valiosa para identificar las necesidades individuales de cada estudiante. Utilicé instrumentos como rúbricas, listas de verificación y escalas de Likert para evaluar el progreso de mis estudiantes. Esto me permitió ajustar mi enseñanza y adaptarla a las necesidades específicas de cada uno.

Sin embargo, la evaluación como aprendizaje fue donde realmente vi la magia suceder. Los estudiantes comenzaron a tomar ownership de su propio aprendizaje, reflexionando sobre sus fortalezas y debilidades, y estableciendo metas para mejorar. La evaluación se convirtió en un proceso de descubrimiento y crecimiento, en lugar de simplemente una medición de conocimientos.

Un ejemplo notable fue cuando una estudiante, que inicialmente luchaba con la comprensión de conceptos matemáticos, comenzó a trabajar en un proyecto de investigación sobre un tema que le apasionaba. A través de la evaluación formativa, pude ver cómo su confianza y habilidades mejoraban con el tiempo. Su proyecto final fue impresionante, y su presentación en clase demostró una comprensión profunda del tema.

La autonomía profesional docente me permitió diseñar y implementar este enfoque innovador de evaluación. Me dio la libertad de experimentar y adaptar mis prácticas a las necesidades únicas de mis estudiantes. El resultado fue un entorno de aprendizaje dinámico y colaborativo, donde los estudiantes se sintieron valorados y empoderados.

En resumen, la autonomía profesional docente ha sido fundamental para llevar a cabo procesos evaluativos efectivos y significativos en mi salón de clase. Al enfocarme en la evaluación formativa y involucrar activamente a mis estudiantes,

he visto cómo el aprendizaje se convierte en una experiencia transformadora y enriquecedora.

Las dos dimensiones de la evaluación formativa son:

1. Evaluación para el aprendizaje (EPA)

- Propósito: evaluar el progreso y logros de los estudiantes para ajustar la enseñanza.
- Enfoque: identificar necesidades individuales y grupales.
- Instrumentos: rúbricas, listas de verificación, escalas de Likert.
- Beneficios: ajusta la enseñanza, mejora la retroalimentación, aumenta la eficacia.

2. Evaluación como aprendizaje (ECA)

- Propósito: involucrar a los estudiantes en su propio aprendizaje y evaluación.
- Enfoque: fomentar la reflexión, autorregulación y autoevaluación.
- Instrumentos: autoevaluaciones, coevaluaciones, diarios reflexivos.
- Beneficios: desarrolla habilidades meta-cognitivas, aumenta la motivación y responsabilidad.

Ambas dimensiones se complementan y permiten una evaluación integral y efectiva. La Evaluación para el Aprendizaje se centra en la medición del progreso, mientras que la Evaluación como Aprendizaje enfatiza el proceso de aprendizaje en sí mismo.